

Deja un poco los libros, y en adelante no los estimes más que como amigos con quienes se puede conversar agradablemente. Son hombres –y aún si lo fueran siempre!- y nada más, y no más que tú. Déjalos, pues, o tómalos solo para tu deleite, y vuelve sobre ti mismo, hundiéndote en ti, y resuelve tu caso. Otro camino no hay, cree, para atravesar el mundo sin falsos engaños. Tiéntate por todo, mira lo sano o lo enfermo que tengas, y vive con tus defectos, tal como eres y no como quisieras ser, que es gran presunción querer ser perfecto y gran cobardía o hipocresía querer parecer otros de los que somos. Sé sincero, Julio, que esto es lo único que tiene precio y lo único que te hará feliz. Admítete como eres, pequeño o grande –eso del tamaño cree que es poca cosa- y come tu pan sin mirar le plato del vecino. ¿Qué te importa él si te posees, es decir, si por fin te tienes a ti mismo? Que cuando hayas aprendido a amarte del modo que debes, cuando vivas para ti solo –no voy a inducirte al egoísmo; de eso ya hablaremos- cuando ames todo lo tuyo, y lo defiendas, y lo muestres sin rubor, y rehúses de lo otro, -por bueno que sea- porque no viene a ti, te lo juro! Más filosofía –y se te dará de barato- que cuanta podrías hallar en los libros. Y tendrá una ventaja: que te vendrá de molde, ni chica, ni holgada, porque será hecha a tu tamaño. Que es la que tiene, algo más que tú, tu vecino el labrador, que por esto es más hombre que tú. Y perdona. ¿O crees que el que nos hizo, descuidó parte tan importante? No, Julio, lo que hay es que tenemos oídos y no oímos. Ni creas más, que los hombres de ahora sean menos inspirados que los de antes. Pero de eso ya te hablaré en otra carta.

Joaquín Torres García
El descubrimiento de si mismo